

Notas botánicas

II

Continuando la reseña de algunas de las particularidades botánicas de nuestra villa, vamos a referirnos ahora a la zona situada al levante de las tres montañas que dan personalidad al macizo del Montgrí.

La depresión entre el Mont Plà y la meseta de la *Muntanya gran* se halla ocupada en buena parte por las arenas de las Dunas, inmenso parque que nos lleva desde los viejos muros de Ampurias hasta las ubérrimas huertas del llano del Ter. Pocos son los que disfrutan de este parque natural, cuyo origen hay que atribuirlo a la tramontana soplando desde hace tres mil años por lo menos y acumulando en dirección norte-sur las arenas traídas del golfo de Rosas. Desde hace medio siglo las arenas están fijadas por diversas especies de pinos, que son la belleza de lo que sin ellos era estéril y movedizo arenal y por una gramínea apropiada para esta labor de fijación, el *borrom* (*Psamma arenaria*).

Muchas otras especies herbáceas han venido a juntarse a las anteriores. Una hierba humilde que constituye una especie igualmente omnipresente y que con sus flores moradas da un tono al paisaje, es la *Psoralea bituminosa*. Gramíneas como el *Lagurus ovatus* (cua de rata), numerosas labiadas, dipsaceas (entre las que destaca por su névea blanca la *Cephalaria Leucantha*) y compuestas, surgen por doquier. Recordemos la *Staehtina media*, la *Leuzea conifera*, el *Eryngium maritimum*, artemisias, inulas, cistos, los *Atriplex* y *Salsola*, el *Echinops ritro*, la *Echinofora spinosa*, el *Ononis natrix*, abundantísimo, diversas orquídeas en primavera, en algunas hondonadas el blanco y bello *Pancreatium maritimum* (Iliri marí) etc. Se trata de una flora que ha surgido aquí en medio siglo y que valdría la pena estudiar con detalle. Cerca de la caseta del guarda, durante muchos años hemos recogido el *Gomphocarpus fruticosus*, asclepiadácea de fruto curioso y que ha llegado hasta aquí probablemente de tierras meridionales, pues lo hemos hallado abundante en las cercanías de Teruán.

Más allá de las Dunas se extiende la meseta de la *Muntanya gran*, con sus barrancadas y sus acantilados sobre el mar. Su flora es la propia de las zonas calizas mediterráneas, el clásico maquis, en el que predomina la *garriga* (*Quercus coccifera*). No es nuestra intención el detallar esta formación vegetal. Haremos tan sólo referencia a uno de los fenómenos más curiosos de la flora catalana, el del límite septentrional de la palmera espontánea, que pasa precisamente por nuestra villa.

Para quienes hayan recorrido los montes costeros del levante y sur de España es familiar esta modesta palmera, cuyo nombre vulgar —palmito— y el científico —*Chamaerops*

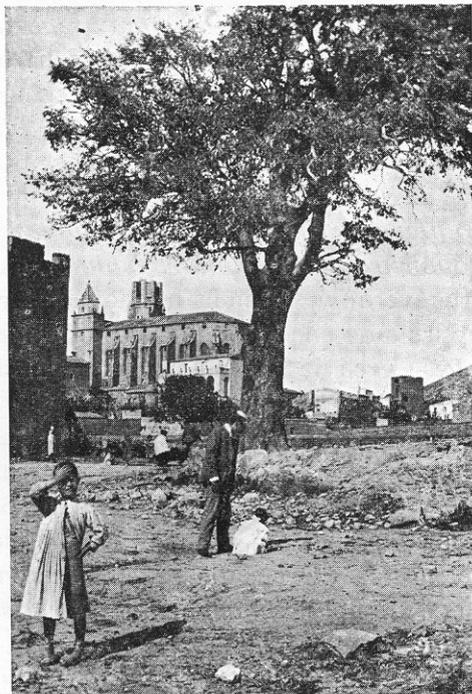
humilis— expresan bien la modestia de la planta. Sus típicas hojas cubren las anfractuosidades de las sierras calcáreas y ofrecen en sus palmas la materia prima para una industria popular y en sus *margallons* un regalo para el paladar de muchachos y aún mayores, habituados a su gusto algo amargo.

Esta palmera, la única espontánea en el Sur de Europa, alcanza las costas de Garraf. El hecho curioso es que 150 kilómetros al norte quede un vestigio de una mayor extensión del palmito, lo que unido al dato de que hace más de un siglo el límite alcanzaba la zona de Niza, parece ser prueba de que esta especie se halla en retroceso por un recrudescimiento del clima. Este vestigio se halla en la *Muntanya gran*, donde los topónimos de *Puig de la Palma* y *Puig Palmer* indican sin lugar a dudas que estuvieron en otro tiempo recubiertos de palmeras.

Este notable fenómeno botánico era ya conocido de algunos especialistas, pero fué mi difunto padre, D Juan Pericot quien lo divulgó en varias revistas científicas y yo mismo he tenido el placer de acompañar allí a algunos especialistas como el Dr. Font i Quer y los Dres. Bolós, padre e hijo. Contadas por nosotros había hace cuatro años media docena de palmas en el *Puig Palmer*.

Habría que vigilar procurando la conservación y aún la extensión de esta especie, notable por su aparición exclusiva. Es obligación de los torroellenses evitar en lo posible que se repita con las palmas de la *Muntanya gran* lo que ocurrió hace no demasiados años y que aún lamentamos, con el famoso *lladoner* (almez, *Celtis australis*) que, majestuoso, era el mejor ornamento del paseo que surgió al este del casco antiguo de la villa. Sin duda, con mejores cuidados que los que recibió, este precioso representante de la flora torroellense no hubiera perecido. El lugar que ocupaba permanece todavía inculto. Ahora que se inicia una loable política de embellecimiento de los espacios libres de la villa, brindamos a las autoridades la idea de plantar, en el mismo lugar donde lució su exuberancia el famoso *lladoner*, rival de las ceibas de Cuba y América central, otro ejemplar de la misma especie

Para ilustrar estas notas botánicas creemos por tanto adecuado el publicar la adjunta fotografía, obtenida en 1901 por el notable aficionado D. Luis Jovell En ella se aprecia la magnificencia de aquel ejemplar, que con el ciprés *d'en Navarro* y el pino de la Fonollera formaba una trilogía de viejos árboles, tan escasos en nuestra tierra, que ha sido siempre



enemiga de ellos. Se aprecia también en aquélla la torre de la muralla, que bien merecía el ser conservada. Pero nuestros pueblos han sido tan enemigos de sus viejas piedras como de sus viejos árboles y aquella torre fué derribada también. Por esta razón dicha fotografía es un documento de gran valor como recuerdo para los torroellenses.

Volviendo a la *Muntanya gran*, su típica flora de garriga sigue hasta las rocas de mar, donde sufre un cambio al dominar y hacerse casi exclusivas especies como los *Daucus*, el *fonoll marí* (*Chrithum maritimum*), la *Inula crithmoides*, y sobre todo los innumerables ejemplares de *Statice*. Pero la zona costera, por la parte del Estartit y en especial en las Medas, ofrece notables particularidades que junto con las que presenta la flora de los terrenos pantanosos de la bahía no caben ya en este artículo y hemos de dejar para otro año D. M.

LUIS PERICOT.

